

LA AGONÍA DEL AGUA

***Seis historias
de mujeres en situación de
vulnerabilidad, afectadas por los huracanes
Irma y María en La Islita de Río Mar, Nagua***

Estudio etnográfico de los procesos de recuperación post desastre de los huracanes Irma y María



La provincia María Trinidad Sánchez fue ampliamente afectada por el paso de los huracanes Irma y María, en particular este último, en septiembre de 2017. El caso más impactante de estas afectaciones fue en el barrio La Islita, al recibir el daño más severo entre todas las comunidades por estar ubicado literalmente sobre el río: en un banco de arena en la desembocadura del río Nagua.

Este lugar fue identificado por anteriores consultores como un espacio complejo, de alta vulnerabilidad social, no solo ante el riesgo hidrometeorológico, con alta densidad poblacional expresada en el hacinamiento, problemas de accesibilidad, carente de planes especiales para personas con discapacidad o envejecientes.

Para poder levantar sus viviendas, los habitantes rellenaron el banco de arena con basura, escombros y neumáticos hasta solidificar el terreno donde construyeron casas con materiales precarios, en su mayoría paredes de tabla y de zinc, aunque se observaron unas cuantas casas de concreto.

La presencia del agua en las callejuelas del barrio donde viven 84 familias es constante debido a su proximidad con la compuerta, que impide el

paso del mar hacia el río. Cuando el agua del río alcanza determinado nivel, la compuerta es abierta para dejar correr el agua, pero esto provoca las inundaciones de las callejuelas, por el efecto contrario del mar empujando hacia el río.

Durante el huracán María, los habitantes de La Islita reportaron que la compuerta no se abrió a tiempo, lo que provocó una inundación sin precedentes, y por consiguiente, la pérdida de sus ajueres y daños severos a sus viviendas.

En el presente documento, las mujeres entrevistadas cuentan lo ocurrido aquel día, la experiencia de desalojos forzosos y el dramático retorno a sus casas, en las que el río dejó apenas nada servible.

La Islita recibió mucha atención por parte de los medios de comunicación durante el paso del huracán María. Los habitantes del lugar atribuyen a esto la promesa del presidente de construir viviendas para trasladarlos de ese lugar de peligro a un espacio seguro y comfortable; una demanda que habían estado realizando desde hace tiempo, pero que solo fue escuchada cuando el caso llegó a los medios de comunicación producto del huracán.

¹Los datos sobre La Islita fueron extraídos de los Informes Provinciales de la Auditoría Social a la Respuesta del Estado en Reconstrucción de Vivienda a Favor de las Personas en Situación de Mayor Vulnerabilidad Afectadas por los Huracanes IRMA y MARÍA en la República Dominicana, preparados por la Fundación Destino y otros son fruto de un levantamiento propio a través de entrevistas y observaciones.

Pero de aquella promesa, un año después, lo único que se materializó fue el censo de las viviendas y la prohibición de construir nuevas casas.

Posterior a ello, en el transcurso de un año, los habitantes del barrio han recibido informaciones vagas e imprecisas sobre el curso de estas acciones, por lo que entienden que se trata de una promesa como muchas otras recibidas en el pasado por parte de políticos en época de campaña.

La Islita es un lugar que conjuga la vulnerabilidad social y la vulnerabilidad ante fenómenos hidrometeorológicos. El lugar concentra una alta densidad poblacional que vive en condiciones severas de hacinamiento, carencia de servicios básicos, alto desempleo y muy bajos ingresos.

Este levantamiento se realizó entre los días 19 y 23 de octubre de 2018, a un año del paso del Huracán María. Se entrevistaron ocho mujeres, seis de sus historias se recogen en este informe y otros dos testimonios sirvieron de apoyo para una historia general de La Islita a través de la mirada de sus habitantes.

Una visita previa al lugar permitió identificar sus perfiles. Se entrevistaron mujeres con discapacidad, madres solteras, mujeres envejecientes o de familias numerosas; algunas de ellas con enfermedades que le impiden o le dificultan generar ingresos. Todas tienen en común la característica de que sus vidas han ido empeorando con el paso de los años. Todas ellas relataron haber vivido en hogares menos vulnerables, pero sacrificaron la seguridad de su vivienda o de su entorno para poder garantizar su alimentación diaria. Algunas de ellas dijeron que se habían mudado a La Islita para ahorrarse entre 700 y 1000 pesos (la diferencia por el pago de alquileres). La mitad de las entrevistadas han intentado algún tipo de emprendimiento económico con escaso o nulo éxito.

Algunas de las mujeres, en el curso de las entrevistas, plantearon preguntas retóricas que revelaron su nivel de reflexión respecto a su propia situación, las cuales rescatamos, porque permiten situar al lector en el contexto y el lugar en que están estas mujeres, invitando a reflexionar en conjunto sobre los niveles de vulnerabilidad social en los que viven los y las habitantes de La Islita.

“¿Es esto una casa?”

“¿Cómo alguien querría vivir en estas condiciones, por pobre que sea?”

“¿Sabes lo bueno que es vivir donde no haya lodo?”

Estas dos últimas resumen todas las entrevistas realizadas:

¿Abandonarías tu casa propia para lanzarte a la incertidumbre de no saber de dónde saldrá el dinero para pagar un alquiler?

¿Elegirías una casa segura o poder comer todos los días?

Etnografía de La Islita

En este documento presentaremos el fruto de las observaciones realizadas en La Islita de Río Mar, a lo largo de casi una semana acompañando a una familia durante cada día, entrevistando a las mujeres del hogar. En el curso de las conversaciones, hablamos sobre la vida en el barrio, las dificultades que atraviesan ante fenómenos atmosféricos y otros riesgos permanentes o eventuales, las medidas que toman para protegerse, su proceso de recuperación posterior al paso del huracán María, etc.

Se reconoce que la presencia de una observadora alteraba el desarrollo normal de sus actividades cotidianas, en las que hacían un alto, a pesar de

que se les insistía en que continuaran con sus actividades normales. Una respuesta frecuente fue que a las visitas se les presta una atención especial.

En la presentación de los resultados, las respuestas o reflexiones de las mujeres entrevistadas se presentan en letra cursiva. Muchas partes de este relato corresponden a remembranzas, tanto del día del huracán como de otros eventos que tuvieron especial impacto en la vida de las personas entrevistadas, recogidos por estar vinculados a las razones por las cuales viven en ese lugar, en condiciones de vulnerabilidad y alto riesgo.

La agonía del agua

Para Nuris González, hay dos estruendos cercanos a la calamidad, que le roban la tranquilidad durante la noche: el mar golpeando la compuerta que le separa del río Nagua, y las potentes bocinas de la bodega del barrio, cuya música furiosa estalla en los oídos hasta que el día comienza a clarear.

El patio de Nuris es el mismo río. Su casa es de las más cercanas a la compuerta y también queda muy próxima a la bodega. Hace dos años que vive en La Islita; antes de eso, estuvo viviendo en Río Mar. La frontera entre Río Mar y La Islita es tan solo una cañada llena de basura, de aguas tan oscuras que parece petróleo, solo que más pestilente. Cuando se abre la compuerta y el río Nagua se desborda,

ambas aguas se encuentran y se desparraman por los callejones. Sobre ellas caminan los habitantes del lugar.

Circulan dos versiones sobre la formación de este asentamiento. En una de las versiones, uno de los comunitarios recibió los terrenos de parte de alguien que tenía cerdos y vacas pastando en el lugar, y fue donando o vendiendo porciones del banco de arena a gente necesitada de un espacio donde vivir. La otra versión es que allí operaba un punto de drogas y que el modus operandi de estos locales ilícitos es rodearse de unas cuantas casas; solo que ya no son unas cuantas.



Hace unos meses, una comisión enviada por el Gobierno colocó números a las viviendas de La Islita para determinar cuántas había: 84 en total. Aquello fue lo más cercano al cumplimiento de la promesa de reubicación que hizo la Presidencia luego del paso del huracán María, en uno de los lugares más impactados por el fenómeno.

Para sus propios habitantes, La Islita es un barrio violento, o como dijo Carmen Lora, de 36 años, *“La Islita es un fracaso”*.

No se trata solo de violencia en términos de seguridad ciudadana, sino también de violencia estructural. El lugar carece de servicio sanitario, agua potable y recogida de basura. Las instalaciones eléctricas son precarias y el agua del río se escurre entre los callejones, intentando alcanzar los tomacorrientes que los vecinos sabiamente han colocado a cierta altura.

El agua pestilente perturba la paz de los vecinos, enferma a los niños, hace estallar los pisos de cemento y arruina emprendimientos económicos, como el de Aracelis Polonia, de 37 años, que una noche secaba el pelo de una vecina en un improvisado salón de belleza en su habitación, mientras el agua le llegaba a las rodillas.

“Según subió la marea se fue metiendo el agua por abajo. El agua ahí (señala la mitad de su pierna) y yo jodiendo con electricidad. Tú sabes que hay gentes que son cobardes para eso”.

Hasta ese día llegó su negocio.

Es sábado y las calles han amanecido llenas de agua, como ocurre con frecuencia. El agua llega hasta las pantorrillas en algunas zonas del barrio; en otros, solo por encima del tobillo. La explicación es que la compuerta está abierta. En esta ocasión, dicen algunos vecinos, el encargado la ha dejado así, no para facilitar la descarga del río en el mar, sino para provocar inundación con el fin de pescar anguilas en la orilla, como ocurre cada seis meses, cuando es la temporada.

En la noche, Dolores Hernández, de 81 años, soñó con esta agua que hoy le impide secar las almendras

en el callejón. Las almendras secas, que vende por las calles de Nagua, constituyen el sustento de la anciana.

“Yo decía, pero ven acá, y esta agua tan clara, porque mire cómo está ese sol y mire cómo estamos ahogándonos. Y se bajaba un poco y volvía y subía. Y vea, salió ser verdad”, dice, mientras se desplaza segura a través de las aguas, intentando llegar hasta su puerta. Allí se sienta a esperar. En unas horas el agua se habrá ido.

Toda su vida Dolores se ha visto perseguida por el agua. Cuando era niña y vivía en Gaspar Hernández, intentó bañarse en el mar cuando una ola la arrastró. Está convencida aún de que se trataba de una sirena; por eso, cuando cada tarde se pasea por la playa, nunca mete los pies. En su larga vida le ha tocado vivir en casas cercanas a corrientes de agua, pero nunca tan cerca como ahora. A nada le tiene Dolores más miedo que a ser arrastrada por el agua. El huracán no la arrastró a ella, pero sí todas sus cosas; las cosas que había adquirido luego de años vendiendo almendras secas en el pueblo.

De camino hacia La Islita, desde el puente podía observarse a un grupo de hombres con el agua hasta la cintura, recogiendo anguilas en un saco para venderlas en el mercado, a cuarenta mil pesos el kilo. Suena como un negocio redondo, pero no lo es tanto, porque para reunir un kilo de anguilas hay que pasar muchas noches pescando, y porque el beneficio se reparte entre 10 o 12 personas.

El marido de Minerva es uno de ellos. Ya agotó su turno en el río y ahora descansa en una habitación, en su casa casi impoluta, ubicada en uno de los callejones que nunca se inunda, porque los vecinos se unieron para echar escombros con el fin de ganarle la batalla al agua.

“Si te das cuenta el mejor callejón es el de nosotros, porque nos unimos para pagar camiones de relleno. También es el callejón más limpio”, dice Minerva Tavárez, de 39 años.

A Minerva, como a muchos otros, le molesta el sonido atronador de las bocinas del colmado. Para escapar del ruido, ella misma pone música en su

²El 22 de septiembre de 2017, el presidente Danilo Medina prometió una solución para La Islita

casa, música cristiana. “No soy cristiana, pero me gusta”, explica.

“Ese colmado es una tragedia. Se arman pleitos, la bulla de la gente, el radio... Se han hecho reuniones, pero el dueño no coge”, dice Minerva.

La casa de Minerva es diferente a las otras, no solo por la habilidad con que mantiene limpio el piso amarillo, que reluce mientras el resto del barrio lucha contra el lodo, también es una de las casas más grandes: tres habitaciones, sala y comedor. En el amplio patio, donde crían gallos y conejos, Minerva tiene tres lavadoras más o menos estropeadas: una lava, otra seca, y otra hace ambas cosas, pero a cada rato se detiene, por lo que no se puede confiar en ella.

Todas estas cosas las consiguió vendiendo prendas y haciendo tapicería; también gracias a la ayuda de su cuñada, que vive en Italia.



Nada de esto importó en septiembre del año pasado, cuando las aguas del río alcanzaron el nivel de la ventana. Al final el agua equilibra las diferencias que pueda haber entre los habitantes de La Islita.

La recuperación le valió un préstamo de 50 mil pesos para reconstruir la casa completa. Por eso luce tan nueva.

Hace 16 años que Minerva tuvo un accidente y desde entonces no puede mover una de sus piernas. Un tiempo atrás decidió dejar las muletas, a las que nunca se acostumbró, para apoyarse en sus hijos; producto de eso sale menos de casa. Así la encontró el huracán María: con la movilidad reducida y en medio de una infección en la pierna que nunca ha podido sanar completamente. Aquel día, dice, cuando pidió un chance a los de la Defensa Civil para recoger sus antibióticos, las autoridades le arrastraron fuera de su casa violentamente y en las noticias nacionales su resistencia salió como ejemplo de irracionalidad. Ese día los periodistas no preguntaron acerca de un protocolo para trasladar personas con discapacidad, niños y ancianos.

No fue la única en salir en los medios; también lo hizo Ángela García, de 37 años. Cada vez que llegaban los medios de comunicación, los vecinos buscaban a Ángela “porque no tenía miedo de hablar”.

Ángela está muy clara en que la preocupación por los habitantes de La Islita no debería ser un tema eventual, algo que ocurre solo cuando viene el ciclón o la tormenta.

“Mira cómo lo voy a explicar para que la gente me pueda entender: si uno viera que la preocupación es constante...” [...] “Nadie, nadie quiere vivir en condiciones críticas como estamos viviendo. En una zona tan vulnerable como esta. Porque dime, analízalo tú misma. ¿Crees que es posible? ¿Crees que es posible que 84 familias quieran vivir en esta condición donde es solo un corre-corre, donde uno no tiene un tiesto, donde a uno se le ha dañado todo? ¿Cómo una gente va a querer vivir en una condición así, por pobre que uno sea? ¿Tú crees que es posible que de verdad uno quiera eso para sus hijos? No amor, es imposible”.

Carmen Lora está de acuerdo. Los planes de intervención y las promesas de ayuda tienen fechas específicas: los meses pre-electorales y los anuncios de huracán; también en el mes de diciembre. “Ah, la gente de La Isla, la gente de La Isla. Se fue la política, se fueron todos los demás. Se queda la gente de La Islita sin nada. Esperando. Esperando la esperanza y nada”.

Y mientras tanto, en lo que obtienen una respuesta definitiva, hay que sobrevivir; mejorar la vivienda, tratar de tener una cotidianidad más cercana a lo digno. Este diciembre, si tiene suerte, Rosa María Vásquez, una viuda de 34 años que vive con sus tres hijos, espera materializar lo que no pudo hacer en diciembre pasado: echar piso de cemento y colocar un inodoro. Su aspiración era tan frágil, que ante una tragedia familiar hubo que echar atrás sus planes de mejora.

Es cierto que los pisos estallan y que hubo una promesa de traslado, pero los días pasan y ella ya tiene cuatro años viviendo en condiciones precarias.

“No todo el tiempo uno va a vivir en esta situación, dízque esperando un desalojo, cosa que no se sabe si va a llegar. Eso nada más sabrá Dios cuándo uno saldrá de aquí. Pero es muy bueno tener su piso aunque se cuartee, es bueno tenerlo, porque algunas veces la frialdad... ¿tú me entiendes? Hace que uno se enferme”.

“¿Se le puede llamar casa a esto?”, cuestiona Ángela García. Ella misma se apresura a responder: “No, pero es algo propio”. En su imaginario, la dimensión de la propiedad le da categoría de palacio a la vivienda que habita a un metro del río.

Aunque ella y el resto de las mujeres entrevistadas reconocen haber vivido tiempos mejores, en lugares más dignos y menos vulnerables, la diferencia entre vivir en La Islita y pagar alquileres equivale a asegurar su alimentación, ante un panorama donde los alimentos no siempre están seguros, incluso a pesar de contar con ayudas del gobierno como la tarjeta Solidaridad.

“¿Tú sabes lo bueno que es vivir donde no haya lodo?”

Araceli Polonia García, 37 años

Madre de 7 hijos, vive con cinco de ellos. Sus múltiples problemas de salud le impiden trabajar en enfermería, que fue lo que estudió. Su esposo trabaja echando días y vigilando la bodega del barrio durante los fines de semana, siendo éste su único ingreso fijo (6 mil pesos). Ha intentado varios emprendimientos económicos sin éxito.

Son las 10 de la mañana de un sábado en el barrio La Islita de Río Mar. En la casa de Araceli Polonia García, así como en el resto del barrio, todos los ruidos eléctricos cesan al mismo tiempo, retornando solo en la bodega de la esquina, apenas unos metros más allá. El atronador sonido de las bocinas, que alternan merengue, bachata y dembow, estará sonando el resto del día y de la noche, cuenta Araceli. El ruido y los desórdenes que se producen en ese local forman parte de las principales quejas de los moradores, pero también el único espacio de ocio para los adultos del lugar.

Araceli, de 37 años, comparte la casa con cinco de sus siete hijos y su esposo. Con el apagón, el lavado semanal entra en pausa hasta las cinco de la tarde; mientras tanto, ella y sus hijos esperan a que su esposo, Marcos, regrese de la calle con una caja de alimentos. Hoy una vecina avisó a la familia que el dinero de la tarjeta Solidaridad ya cayó en la cuenta. Desde hace algunos meses la tarjeta, que antes solía ser puntual, presenta atrasos en el depósito de los fondos. A través del boca a boca los beneficiarios del sistema de ayuda se enteran cuando los fondos están disponibles nuevamente.

Araceli es de las familias fundadoras de La Isleta. Debido a la proximidad de la casa con el río, cualquier cambio en el nivel del agua se manifiesta de inmediato en el hogar, que ha recibido múltiples intervenciones para hacerla mínimamente habitable.

“Soy una de las fundadoras de esto. Cuando yo me mudé aquí, me mudé de ese lado nada más, sellado de zinc. Esto era un yerbao, lleno de gomas, para venir aquí era brincando gomas, sin luz y sin na’. Luego les echaron el material. Primero les echábamos basura y mucha hierba: la sacábamos del caño y del río. Después les echábamos basura o le echábamos el material, y así... ¿Tú ves aquí? Eso ta’ relleno de gomas ahí abajo, si uno brinca duro aquí, se siente, tiembla. Si pasa un motor por ahí se siente, porque to’ eso es goma”.

Haber construido sobre un banco de arena relleno de escombros tiene consecuencias evidentes. Lo que Araceli señala como el primer lado de la casa que construyó, está, de hecho, en un nivel más bajo, y se corresponde con la parte “inundable” del hogar, donde están los dos dormitorios. En esa parte, la familia ha colocado unos tabloncillos sobre el piso, en los que hacen equilibrios para desplazarse por encima de ellos sin tener contacto con el piso mojado. Han puesto cartones para poder lidiar con el lodo, pero el agua los ha dejado desechos. Es en este lugar donde los niños colocan sillas y miran la televisión con embeleso, siempre que el flujo de energía lo permite.

Hasta hace poco uno de los dormitorios sirvió para alojar un salón de belleza improvisado donde Araceli atendía a las vecinas del barrio. Este emprendimiento fracasó, porque es usual que el dormitorio amanezca lleno de agua todos los días.

“Es como te digo, a veces amanece lleno de agua y viene bajando como a las 11 de la mañana. En la tarde vuelve a subir cuando la marea viene llegando, porque la marea tiene hora de llegar. En la mañana está vacía pero de las 3 p.m. en adelante viene subiendo. Aunque la compuerta esté abierta, siempre la marea llega a esa hora; es algo natural”.

“El esposo mío le echó arena de la playa donde están los cartones, pero antes no tenía. Para pasar para allá era encima de palos, porque eso era un charco de agua que mientras más sacabas más llegaba. Así mismo. ¿Tú ves esa casa del lado? Así como está esa casa del lado que no se va el agua, así mismo era aquí”.

“En diciembre yo lo tenía (el salón), pero ¿qué pasa? La casa se me llenaba de agua. Una noche me acosté como a las 12 de la noche y estaba arreglando una gente, y según subió la marea se fue metiendo el agua por abajo. El agua ahí (señala la mitad de su pierna) y yo jodiendo con electricidad. Tú sabes que hay gente que son cobardes para eso. Ahora ‘toy viendo si consigo unos chelitos para ponerlo de nuevo. Como viene el mes de diciembre, ¿tú sabes? Para tenerlo aquí en la sala porque ya aquí es muy raro que se meta, a menos que no sea una creciente”.

La sala es el espacio más seguro de la casa, donde guardan los enseres de más valor, como la estufa, la nevera y los muebles. Estos enseres fueron adquiridos unos meses después del paso del huracán María, tras iniciar un negocio con el dinero prestado por una de sus hermanas que vive fuera de La Isleta.

“¡Ay hija! Cuando empecé a vender la ropa de la paca de la hermana mía, cogí 10 mil pesos y fui y saqué la nevera y los muebles. Ese comedor fue mi hermana que me lo regaló. Esa estufa la saqué fiada los otros días en otra compañía, porque no teníamos estufa, cocinábamos con fogón. ¡Todavía ahí detrás hay calderos que están prietos!”

De esta manera recuerda Araceli la pérdida de todos sus ajuares:

“Cuando esto se llenó, el agua nos daba a la cintura. Llegaba a la mitad de esa persiana. Los trastes eran encaramados en palos y to’ la cosa... muchas cosas se dañaron... Toda la ropa, las sábanas, hasta una nevera que yo tenía el motor se le dañó, muchas cosas se dañaron. El agua avanzó demasiado rápido. Porque cuando va entrando, uno va encaramando, subiendo las cosas en blocks, pero era demasiada agua. No te valía encaramar nada. Nadie pensaba que iba a subir tanto. ¡Aquí no quedó nada! ¡Imagínate, con tanta agua! Habíamos pasado un caso así ya, pero no tan avanzado como ese. Fue menos. El agua nos daba como por la rodilla. Eso fue primero. Yo no me acuerdo cómo se llamaba, no”.

Araceli no se refiere a Irma, sino a otro huracán de un año anterior que no logra determinar. Para la localidad, explica, Irma no tuvo efectos extraordinarios.

“Hubo mucha agua sí, pero no tanta. Todo estaba encaramado y todos estábamos aquí. O sea, sacaron



a los muchachos y nosotros nos quedamos. Pero con el otro no; con el otro hubo que salir todo el mundo (jajaja).

Quando yo vine al otro día, muchacha, el agua me daba ahí mira, a la cintura. Tenía un video grabado, pero el teléfono se me dañó. Uno tiene que meterse porque si no vienes a ver lo tuyo, aunque la cosa esté mojada, hay mucha gente que está esperando a que no estés en la casa y te llevan lo poco que tienes. Entonces, si no estás atento a lo tuyo nadie te lo va cuidar”.

Posterior al evento, algunas organizaciones se acercaron al barrio a ofrecer ayuda. Los bonos para compras de alimentos fueron un gran alivio en ese momento.

“Dieron mucha ropa también, cajas con losas; tenían calderos, vasos, muchísimas cosas. Nos dieron unos cubitos pequeños con unos hampers pequeños. Nos dieron cloro. También vinieron otra gente, Adidas, creo que es, no sé bien. Estaban combinados con la ruta porque ellos los ayudaban, pero esa gente no son de aquí. En ese tiempo nos dieron dos veces compras

de 3,500 pesos. Y nos dieron también dos cubos con cloro, ace, mosquiteros, cosas para los mosquitos, jabón, muchísimas cosas. Después ellos volvieron dizque anotando... pero no nos dieron más nada. Pues sí, no han vuelto más”.

Araceli se queja de que es frecuente que pasen por allí a anotar sus necesidades y luego no regresen más, en particular los políticos en época de campaña. Pero la última promesa vino directamente del gobierno.

“Prometen de todo. Ayudar a uno a arreglar..., pero no dan nada. Supuestamente estábamos dizque en desalojo. Vino el Gobierno, vino al play de aquí y propuso que esto estaba en desalojo, que quería que resolviera eso en un año. Pero ya nosotros llevamos un año y pico y todavía ni siquiera se sabe el terreno dónde va a estar porque no han hecho nada. No hace mucho, en enero por ahí, ellos vinieron e hicieron un censo, le pusieron número a las casas y todo, pero más nunca han vuelto, ni siquiera para saber si uno está vivo o muerto”.

Viviendo en La Islita, Araceli logró estudiar enfermería y ejercerlo hasta abril pasado en una clínica en Nagua. Pero el salario era exiguo y poco

después empezó a tener complicaciones por la diabetes que padece.

“Era muy poco dinero, ganaba 6 mil 700 pesos. ¿Diga usted para qué? Más cuando uno tiene muchachos: había que hacer compra para ellos y compra para mí, porque esos cubanos (los dueños de la clínica) hasta para beber agua tenías que llevar tu propio vaso”.

El paso del huracán María complicó la vida de Araceli y su familia de varias maneras. Primero, porque perdió todo lo que poseía dentro de la casa. Segundo, porque coincidió con una crisis de su enfermedad que la obligó a dejar su empleo y a descuidar sus emprendimientos.

Trabajando en la clínica, había puesto una cafetería fuera de La Isleta que era atendida por su esposo y ella misma en su tiempo libre. En la sala aún conserva la tostadora industrial con la que inició el negocio.

“Tuvimos que entregarla porque no hubo resultados. En ese tiempo yo me enfermé y dejé ahí al esposo mío atendiendo. Y la gente, cuando no hay mujeres... no se ve como la higiene, ¿tú sabes? Cada vez que iban preguntaban por mí... Tú sabes que no es igual una mujer que un hombre. Siempre la mujer tiene todo limpio y organizado, pero...”

“Nosotros pagábamos 5 mil pesos mensuales. A la gente le gustan las cosas que sean por lo menos así, en cafetería, porque a pesar de ser pobres, aquí la gente son muy delicados. Creen que si está al aire libre... que la moscas, que esto, que la contaminación. Eso es lo que viene sucediendo”.

Como alternativa económica, después de la cafetería, inició un negocio de ropa de segunda mano que tuvo que suspender cuando el dinero para invertir lo empleó en su propia salud.

Por lo pronto, el único ingreso fijo es el de su marido. Marcos trabaja como vigilante en la bodega del barrio, la única fuente de empleo del lugar. La labor de vigilancia solo es necesaria durante los fines de semana, cuando el negocio abre durante 24 horas y recibe gran cantidad de visitantes (de dentro y de fuera del barrio). La labor comienza los viernes a partir de las 6 de la tarde. Por cada día de servicio Marcos gana 500 pesos (seis mil pesos al mes). A menudo, cuando toca cobrarlos, este salario ya se ha convertido en una deuda en la bodega, pues a lo

largo de la semana va pidiendo que le despachen alimentos y otras necesidades básicas del hogar.

El resto de la semana Marcos realiza alguna otra labor ocasional para generar ingresos: arreglar bicicletas, alguna reparación, recolectar botellas, fabricación de puertas y ventanas, entre otros.

“Yo vivía en Cumacón, para allá en San José de Villa. Quizás lo has oído mencionar. He vivido en Buenos Aires... he vivido en muchísimos lugares. En casi Nagua entero he vivido yo”.

Araceli dice esto y se ríe. En su periplo ha recorrido todos los barrios de la ciudad, pero en ninguno ha vivido bajo tanto riesgo como en este.

“A veces la marea está tan fuerte que se oye aquí, cuando golpea la compuerta. De noche aquí no se duerme con el ruido de la compuerta. Nos da miedo, pero ya estamos impuestos porque imagínate, ¿para dónde vamos a coger? Es como te digo: a las cosas de Dios no se les puede tener miedo. Si Dios no quiere que pase algo, no va a pasar. Ahora, si Dios quiere que el río nos lleve, pues nos va a llevar, aunque no nos quedemos. Nos va a llevar.”

Se puede evitar, claro, pero con ayuda. Sin ayuda no se hace nada. Porque aquí estamos nosotros... Pero para no poner a nadie más, me voy a poner yo: tengo estos niños, yo tengo mi ranchito aquí, no tengo otra casa, ¿sabes? No tengo posibilidad de salir a un lugar donde esté más segura. O sea, tengo que quedarme donde estoy.”

Siempre le pedía a Dios que me diera un ranchito, aunque fuera de zinc. Gracias a Dios me la ha dado, aunque sea aquí, con peligro. Tengo mucho que no pago casa. Antes tenía que dejar de comer para pagar casa”.

La hija más grande de Araceli ha llegado a la casa a recoger a sus hermanos para llevarlos a la escuela bíblica. Anda con su hija, a quien hubo que sacar del barrio por razones de salud. La niña nació con una cardiopatía, las condiciones del lugar le llegaron a provocar una infección y complicaba su recuperación.

Su nieta nació con un problema en el corazón. La operaron y adquirió una infección, entonces

decidieron sacarla de La Islita. Estaba vendiendo pacas hasta que se enfermó.

“Le ponías el oído en el corazón y escuchabas un río, como una creciente”.

Hace un rato, Araceli contaba que muchos en La Islita han estado apostando a un juego de azar que promete un premio de 25 millones de pesos.

“Hay muchos que se irían de aquí si se sacan los 25 millones. Yo sí que no me voy de aquí. Arreglo el barrio para que vivamos todos cómodos. Hago un

puente allí y lo arreglo. Le mando a hacer una pared al río (jajaja)”.

“No, no es que me gusta aquí. Es por los sacrificios que he hecho para tener este chin de tierra. A veces uno no valora lo que tiene cuando lo consigue fácil, pero cuando lo consigue a base de sacrificio, te duele. Hay cosas que a uno le duele deshacerse de ellas.

Pero eso es uno hablando caballá. Si yo hallo otra casa me voy a vivir (jajaja). ¿Tú sabes lo bueno que es vivir donde no haya lodo?”

“¿Cómo una gente va a querer vivir en una condición así, por pobre que uno sea?”

Ángela García, 37 años

Ex policía antinarcóticos, vive en La Islita aquejada de múltiples problemas de salud. Su esposo es policía municipal, lo que supone un ingreso de seis mil pesos, aproximadamente. Su casa es de las más próximas al río. Ha intentado varios negocios sin éxito.

La distancia entre su casa y el río es de apenas un metro. Cuando Ángela García, de 37 años, despierta por la mañana, desde la ventana puede ver el agua pasar, los árboles en la orilla y las ondas que provocan los peces en la superficie. La visión hacia fuera es tan hermosa que por un momento parece un cuento. Pero Ángela sabe que continuamente está en peligro. Se lo recuerdan la precariedad de las paredes (de zinc al igual que el techo) y el agua que corre por los callejones tan pronto saca los pies fuera casi cada mañana, señal de que han dejado abierta la compuerta. También la marca de barro que hay en los cartones interiores que separan la sala de la habitación. *“Hasta ahí llegó el agua cuando el huracán María”,* señala. Entonces todo adquiere visos de pesadilla.

La casa de Ángela es una de las más cercanas al cauce del río. No se trata de algo fortuito: es una forma de medir la capacidad adquisitiva de los habitantes de La Islita, al menos en el momento

en que comenzó a habitarse. Ángela está entre los fundadores, antes de ella solo habían tres casas más. En ese entonces solo contaba con 20 mil pesos; de haber contado con 20 mil pesos más tal vez habría podido comprar más cerca de la salida del barrio.

Cuando el huracán María, Ángela salió en las noticias internacionales, posiblemente debido a su carácter, sus expresiones a boca de jarro, sin miedo ni perturbación, y su absoluta consciencia de que su casa no es en realidad una casa, pero sí es algo propio. Un hogar que comparte con su marido y un hermano que, por primera vez en su vida, no debe pagarle a nadie.

“¿Si tenía mejores condiciones de vida? Mira, ¿cómo te digo? Uno tiene todos los tiempos. Pero en verdad, no sé si me vas a comprender... esta es mi mejor condición por la sencilla razón de que yo nunca he tenido una casa. Quizás tú dirías “¿y esto es

una casa?" Bueno, esto es un ranchito que se está cayendo, pero yo no pago, ¿tú entiendes? Porque tú sabes que eso de estar pagando casa y eso... Sí, yo tuve otras condiciones, pero he tenido que gastar que si en tratamientos, que si en médicos... o sea, por problemas de salud".

Aunque Ángela haya vivido en mejores casas, el hecho de tener un techo propio es muy importante para ella. El dinero que antes destinaba a pagar alquileres, ahora lo destina a su salud, cada vez más deteriorada. Su cuerpo vive con un solo riñón, dice padecer de un cáncer de ovarios que no ha podido tratarse y también tiene problemas en los huesos.

Antes vivía en Río Mar, justo al lado, en una casa de concreto donde no se metía el agua.

"Duré cinco años viviendo ahí. Pagaba dos mil pesos, pero yo los podía pagar porque en ese entonces trabajaba. A pesar de mis achaques, no me sentía como me siento hoy en día. No estaba tan paliá como dicen. Pero como tú comprenderás, -el alquiler - es algo que tú lo pagas hoy y mañana lo debes. Pues decidimos hacer un esfuerzo. ¿Y cómo te digo? Yo sé que está toda podrida, toda desbaratada, to' carcomida, que me mojo, que cuando llueve tengo que poner una ponchera aquí y allí otra, en fin... Ya tú ves que eso encima de la cama es lona, pero no pago. Entonces, por un lado, yo me siento tranquila porque aquí no pago. Aunque esto no sirva, para mí es un palacio porque es mi casa. ¿Me entendiste?"

Las posesiones de Ángela son solo esa casa junto al río. La recuperación post-huracán solo implicó poder adquirir los colchones, un viejo televisor, una estufa y un bombillo.

"Cuando aquí pasó María, aquí quedó el limpio. Yo tenía una nevera de esas japonesitas. Eso era boyando, entonces no me dio chance. Vuelvo y te digo, que al abrir la represa, fue algo, tú sabes, como improvisado, y como tú comprenderás, esos trapos de muebles que tú ves ahí, son de la comadre, que no está aquí, está para Bávaro, y para no dejar la casita, tú sabes, sola, pues los tiene aquí. Aquí se dañó todo, se puede decir. Lo poco que uno pudo salvar no fue gran cosa para serte sincera. Era demasiada agua".

Un día, para dejar de mirar hacia el río, se le ocurrió poner servicio de cable en su televisor. "Aquí todo uno lo que ve es agua", explicó Ángela. Pero aquello se convirtió en un verdadero dolor de cabeza.

"Como no tengo nada con qué entretenerme, voy donde el yerno mío y le cojo 800 pesos prestados y se lo entrego al muchacho. Me da un recibo y me dice que en 3 días me instalan el cable. El 25 me instalan el cable, pero no obstante, el 27 me mandan un mensaje: que si no paso antes del 29 me va generar cargos por consumo. Cogí pique y retiré el servicio porque dije que si eso eran dos días entonces qué serían... tú sabes, me incomodé".

Poco después, para pagar esa deuda, cobró un san y puso una fritura. Pero aquel negocio fue otra desgracia. "Mi vida es un caos", expresó Ángela, para explicar cómo los intentos por mejorar su situación terminan en fracaso.

"Muy ilusionada y con deseos de trabajar, pues ya no sirvo para ser empleada, digo: Bueno, vamos a poner una friturita. Déjame coger un dinero prestado y vamos a poner una friturita. Como me vaya, pues Dios es que sabe. Pues lo hicimos así. Cuando eso yo estaba en la Policía. Y nos fajábamos como dos burros, como dicen. Es decir, íbamos por la mañana temprano al mercado. Pues te tengo noticias... eso fueron los primeros días. Se fue poniendo que no se estaba vendiendo gran cosa. La gente con 50 pesos quiere que le echas una olla y 50 pesos no son nada. Entonces, tú te vas allí y compras pollo, compras esto y compras aquello. La gente toda las cosas las quieren da'. Cuando vi que la cosa 'taba mal pará', decidimos irnos para la avenida. Ahí fue que terminé de caer".

"¿Sabes cómo estábamos? Invirtiendo 2 mil, 2,600 y vendiendo 900 ó 1,200. Como podrás ver, no tengo nevera. Entonces, ya lo que me queda es pérdida. Teníamos que amanecer, a veces llegábamos a las 3 ó 4 de la mañana. Un día llegamos a las 5:10. Yo dije, espérate. Que yo me estoy acabando y no vale la pena. Yo tengo mis problemas de salud, para estar todos los días pasando malas noches. Era un ajetreo demasiado fuerte atrás de nada".

La casa de Ángela carece de cuarto de baño. Para asearse, ella, su marido y su hermano, un joven con discapacidad, utilizan el metro de tierra que les separa del río. Como en la otra orilla no vive nadie, se saben invisibles a ojos indiscretos. Pero esta mañana, el río estaba tan desbordado que Ángela no pudo tomar el baño en el lugar de siempre.

Todo es por culpa de la pesca de anguilas, explica Ángela. Es una práctica que sucede cada seis

meses. Se dice que el encargado de la compuerta levanta el armazón de hierro para provocar la inundación que dejará expuestos a estos peces en la orilla. Todo aquello le trae pensamientos nefastos a la mente.

“Óyeme, el encargado, que tiene muchísimos años trabajando en eso, eso es lo que hace. Pues últimamente tenemos que estar ahogados todos para ellos agarrar sacos de anguilas. Considero que eso es poner una población en peligro. No sé si tú recuerdas la masacre, porque es masacre la palabra, que hubo en Jimaní. El río, tú sabes, acabó. Entonces, ¿van a esperar a esto? Es algo insólito”.

A Ángela le sorprende que cualquiera pueda pensar que vivir allí es realmente una elección y no algo a lo que te empuja la necesidad. A pesar de lo vivido durante el huracán María, su referente más grave es la riada de Jimaní, básicamente porque allí la mayoría perdió la vida y del barrio no quedó nada. *“Tengo miedo de que aquí pase algo y ya no tenga solución. Dios nos guarde”,* dice.

“Nadie, nadie quiere vivir en condiciones críticas como estamos viviendo. En una zona tan vulnerable como esta. Porque dime, analízalo tú misma. ¿Crees que es posible? ¿Crees que es posible que 84 familias quieran vivir en esta condición donde es solo un corre-corre, donde uno no tiene un tiesto, donde a uno se le ha dañado todo? ¿Cómo una gente va a querer vivir en una condición así, por pobre que uno sea? ¿Tú crees que es posible que de verdad uno quiera eso para sus hijos? No amor, es imposible”.

Ángela, una antigua policía de la Dirección Nacional de Control de Drogas, se siente atada al lugar, porque aunque no es la casa de sus sueños, es el lugar que pudo pagar con sus propios ingresos. Pero su hija no tenía el mismo sentimiento; por el contrario, tenía mucho miedo. Por eso, tan pronto pudo, se llevó al nieto al que Ángela estaba criando. Ella también desearía irse, siempre que fuera algo seguro, por ejemplo, que se materializara la promesa que hizo el gobierno de reubicarlos en otro espacio.

A un año del paso del huracán María, ha vuelto la temporada ciclónica y los habitantes no tienen información nueva al respecto. Meses después de aquella promesa, ante la total inacción de las autoridades, estuvieron movilizándose. Una

comisión fue hasta el lugar y señaló las casas en una especie de censo, y luego no hubo ninguna novedad, solo algunos rumores que llegan hasta el lugar, imprecisos e incluso contradictorios.

“Te lo digo sinceramente, pensé que nosotros, con lo que hemos pasado, para esta fecha no íbamos a estar aquí. [...] Oye linda, fue que el gobierno se decidió y aprobó este proyecto, desembolsó para este proyecto, que eso es lo que yo no entiendo. El gobernador nos dijo que nosotros hemos hecho reuniones y nos hemos ido en pequeñas comisioncitas... Y nos dijo el gobernador que habían desembolsado y que incluso nos iban a dar un dinero para que alquiláramos 6 meses. Y nos han dicho mil cosas, mil cosas nos han dicho. Ya uno no sabe qué va a hacer”.

No obstante, la promesa de un alquiler de seis meses le parece insuficiente, a no ser que se acompañe de garantías de una casa propia.

“A mí me dan para alquilar 6 meses y me dan un documento de que me sale aunque sea un ranchito de yagua, yo me voy. Sino, van a tener que matarme. ¿Por qué? Porque yo no voy a salirle de aquí a nadie, a lo cara de perro, salir, sin que a mí se me entregue algo que certifique que esto es mío. Yo no puedo salir a rodar, porque esto es mío. ¿Tú entiendes? Ahora, si ellos dan para todos, porque nada más no soy yo, todos somos iguales aquí. Yo lo que quiero es salir de al lado de este río. Yo no sé si tú me entiendes. Pero yo no puedo salirme de aquí porque me den para alquilar 6 meses, como tú comprenderás. ¿O tú salieras si fueras tú?”.

Ángela reconoce el trabajo y los esfuerzos por preservar la vida de los habitantes de La Islita que hacen los voluntarios de la Defensa Civil. Pero resiente que la preocupación de las autoridades no sea constante, sino eventual, cuando hay algún fenómeno atmosférico, y como estas acciones son eventuales, analiza que no hay verdaderas respuestas que puedan satisfacer sus necesidades como personas. Dice que esa es la explicación a que la gente se resista a salir de sus hogares cuando hay un huracán.

“Mira cómo lo voy a explicar para que la gente me pueda entender: si uno viera que la preocupación es constante... ¿Tú crees que es fácil estar con el agua al cuello y que te vengán a sacar a la mala de

³Se refiere a la riada ocurrida el 24 mayo de 2004 en un barrio de Jimaní, cuando se desbordó el río Blanco.

tu casa, y ya, se olvidaron de ti, te zumbaron para allí, para esa cosa donde nos llevaron a nosotros, pasando uno la de Caín, ¿dime? No te dejan recoger tu casa. "Vámonos, usted se tiene que ir porque la vida..." Sí, claro, la vida hay que preservarla. Pero no te dejan recoger. Eso es un reguero de policías como que tú mataste a un presidente. ¡Fuaaa! te sacaron de tu casa, para tirarte allí. ¿Quién quiere irse? ¡Dime! Pa' tú está ahí días, días y más días sin saber qué pasó con lo tuyo".

La única aspiración de Ángela es seguir viviendo en una casa propia, pero esta vez en un lugar seguro.

"Yo no quiero que me den 5 millones de pesos, lo que quiero es salir de aquí. Ojalá que no me den para alquilar en ningún sitio. Ojalá sea para un ranchito de yagua, pero en otro lado, lejos de aquí. Para que tú comprendas que no pido tanto ni espero tanto".

"El sueño de agua"

Dolores Hernández, 81 años

Vive con un nieto de 12 años, que no está escolarizado. Su principal ingreso es la venta de almendras secas que recoge en la playa y que vende en sus recorridos por el pueblo de Nagua. Todo lo que había en su casa lo había conseguido gracias a la venta de la fruta. No pudo recuperar lo que le llevó el río durante el huracán María.

Esta mañana los callejones del barrio amanecieron anegados. Para recibirnos, Dolores busca quien nos ayude a cruzar el agua que llega casi hasta la mitad de la pantorrilla, mientras ella se desplaza descalza, llevando en los pies la seguridad de quien ya conoce el camino.

"Yo anduve muchos sitios aquí mismo. Cuando me mudé aquí lo más que había era como 10 o 12 casas y yo era una de ellas. Y luego se fue agrandando. Porque si tenía una casita de estas, la vendía y compraba otra más para allá. Y así anduve muchos sitios".

Dolores insiste en que hoy el barrio amaneció igual que en el sueño que tuvo en la noche.

"Yo decía, pero ven acá, y esta agua tan clara, porque mire cómo está ese sol y mire cómo estamos ahogándonos. Y se bajaba un poco y volvía y subía. Y vea, salió ser verdad. ¿Usted sabe el agua que yo vi en ese sueño? ¡Era cercao! Con eso me soñé yo... ¡Era una cosa cercao, pero clarininga esa agua! (En el sueño) Yo salgo, abro la puerta y digo ¡pero Dios mío ¿y qué es esto?! Porque no está lloviendo, está haciendo sol..."

A pesar de que Dolores ve su sueño como premonitorio, estas inundaciones repentinas son frecuentes debido a la apertura de la compuerta, que hace que el mar y el río se fundan y aumente la altura del agua, la cual va a parar a lo que antes era un banco de arena y en la actualidad es un barrio. Los moradores de La Islita se molestan y dicen que deberían avisarles. Además, cuestionan que el protocolo de apertura de la compuerta se esté aplicando adecuadamente. Algunos atribuyen la apertura o cierre a otros intereses, como la captura de anguilas en la desembocadura del río.

"Yo nací en el 1937, el día 15 de mayo. Esa fecha a mí no se me pierde".

Aunque Dolores asegura esto, desconoce que en realidad no tiene 71 años, sino 81. O lo ha olvidado. También ha olvidado cuántos hijos tuvo, o más bien le cuesta determinarlo.

"Creo que son 12. No, como 10 u 11 vivos, porque ya se me murieron 3..."

Sus hijos han sido fuente de muchas amarguras. A algunos de ellos les atribuye vivir en un lugar que percibe tan inseguro. Dolores es de las mujeres fundadoras de La Islita; así le gusta reconocerse. En su vida le tocó levantar muchas casas. Siempre perseguida por el agua, como en su sueño. Nunca tan vulnerable como en la última de sus "fundaciones", como le llama.

"Yo hacía mis fundaciones, mis ranchitos, cuestión de que salía de uno y me metía en otro propio. Después de eso me junté con un viejito y nos fuimos para donde le dicen La Ciénaga, en Puerto Plata. Los muchachos, dizque porque yo quedaba lejos para ir a visitarme y que esto y que lo otro, me trajeron para acá de nuevo. Bueno, yo vivía a la vera de un hijo. Ese hijo, Dios perdóname, él me hizo una casita... con la casita que yo tenía en Puerto Plata, yo fabriqué una, aquí, en el patio del hijo mío; él mismo me la fabricó. Son gente que no le gusta tener lo propio: le cogió con que "voy a vender, voy a vender" y conmigo ahí no podían vender. Hicieron un "majarete", y me sacaron de ahí".

Cuando los demás hijos se enteraron, hicieron una colecta para comprar la casa donde ahora reside; una casa de dos piezas estrechas a cinco o seis metros del río. Una de las piezas es su habitación, donde duerme con su nieto, un niño de 12 años que no está escolarizado porque carece de acta de nacimiento. No suele verlo durante el día, solo cuando llega a dormir.

La otra pieza es la cocina, ocupada en gran parte por enseres inservibles: una nevera y una lavadora que tras el paso del huracán María se estropearon. Intentó recuperar la nevera, que era lo más valioso que poseía, pero no lo logró.

"Traté de buscar quién me la arreglara, la mandé a pintar, le puse una cosa lindísima de ese color, blanca. Compré pintura y compré de to', y traje dos técnicos ahí. No le valió nada, nada. Ya estaba cansada. Una gente pobre, sin tener de qué echar mano, para estar gastando y nada. Gastando cuartos que me servía para algo. Vea usted, con la barrigota, bebiendo agua caliente".

El huracán se llevó prácticamente todo lo que había conseguido vendiendo almendras, su única fuente de ingresos desde hace 6 o 7 años. Solo logró salvar la estufa a la que apenas le funciona una hornilla.

"¿Usted sabe con qué yo compré eso? Pasaba hambre y pasaba de todo para comprar esa estufa porque las de mesa me salían malas. Con las almendras, picando almendras. Me la compré por 6 mil pesos al cash. Pues sí, me le cayó esta cosita ahí vea. Esta hornilla no tiene mucha llama porque se me le dañó esto ahí..."

"De esto es que yo vivo. Las recojo abajo de la mata, entonces vengo, las desgallo, saco las verdes aparte, y las secas, las que están más oreadas, las pongo al sol. De eso es que yo vivo, pero ahora no jallo qué hacer, no tengo a qué echar mano, ¿cómo las pico, cómo las seco, cómo las saco a vender si no las puedo secar?"

Todos esos esfuerzos se fueron a pique el día del huracán María. El agua arrasó con casi todo y Dolores no pudo hacer mucho para impedirlo. Tampoco pidió ayuda: todo el mundo estaba inmerso en sus propias acciones de resguardo.

"Cuando estamos en peligro, vienen y nos sacan y nos llevan por allá a pasar todo el trabajo del mundo. Y los tígueres aquí orejeando a ver lo que se puedan llevar. Lo que yo digo es que a mí se me perdieron muchas cosas, se me dañaron... Para lavar tengo que estar molestando o alquilando. La nevera por igual; me costó sacarla porque ya no servía. Se me dañó la nevera cuando el ciclón..."

"¡Si usted hubiera visto esto cómo estaba! Esto daba pena. (...) Y cuando nos llevaron a nosotros allá donde nos llevaron ¡ay, qué purgatorio! Nos daban unos colchoncitos y una sabanita para que durmiéramos. Entonces, cuando nos iban a despachar no los podíamos traer. Y entonces, ¿en qué nos acostábamos si aquí estaba todo mojado? ¡To' mojado jallé yo, to'!"

Recientemente, un fuerte temblor de tierra mantuvo en vilo a los vecinos de La Islita, y le recordó a Dolores la fragilidad a la que se ven expuestos ella y sus vecinos.

"Eso fue como a las 11 de la noche, por ahí. Yo estaba despiertica. Fue fuerte. Hubo mucha gente que no durmió y yo misma no dormí esperando que viniera otra cosa, que tuviera uno que salir. Como a veces mientan que se yo que y que esto y que lo otro, uno vive asustado aquí. No se duerme. Aquí no tiene uno tranquilidad. ¿Y de qué manera? Nosotros estamos creyendo en Dios, que él nos va a cuidar, que eso nos

va a venir, que él nos cuida. En eso es que estamos agarrados, en el Señor. Él nos está cuidando aquí porque él sabe dónde nosotros estamos”.

En la cocina de Dolores hay un par de cosas comestibles: un sobre de café, restos de aceite en un frasco y varias cubetas de almendras. Para el día de hoy tiene varios encargos, pero no podrá secar las almendras hasta que el sol seque completamente el suelo del callejón.

Por la mañana y parte de la tarde, Dolores recorre el pueblo vendiendo sus almendras. Al atardecer, se pasea por la orilla de la playa, donde nunca mete los pies; excepto por aquella vez en que siendo una niña intentó darse un baño y sintió que algo la arrastraba, a sus 81 años Dolores no ha vuelto a bañarse en el mar. “Era una cosa que le dicen la sirena que me jalaba pa’ dentro”, dice para explicar su miedo al agua.

Mientras prepara el café, añade nuez moscada a la mezcla, porque es como le gusta beberlo desde siempre.

“Hay veces en que me siento sola aquí y se me saltan las lágrimas de pensar cómo yo estoy”, dice, mientras mira hacia afuera por la ventana.

Dolores no encuentra la explicación a que haya tanta gente pobre; gente como ella, que vive en un lugar como La Isleta.

“No sé de dónde viene eso. Pero a veces pienso que para haber mundo tiene que haber de todo. Y el rico sin el pobre no puede vivir. Tienen que ser las dos cosas. Pero a veces me siento en esa puerta, a mirar para allá, y se me pone la cabeza así, porque todas las cosas me llegan, se me graban en la cabeza. Y en ese momento estoy, no sé, como que me pierdo... Y se me saltan las lágrimas”.



“La Islita es un fracaso”

Carmen Lora, 36 años

Madre de tres hijos, llegó a La Islita huyendo de la violencia de su pareja, quién le provocó una discapacidad motora en uno de sus ataques. Carmen se mudó a La Islita para ahorrarse 700 pesos de alquiler. Esos 700 pesos los destina ahora a la alimentación de ella y sus hijos. Su pareja no tiene empleo fijo, sino que se dedica a la construcción.

Hace tres meses que Carmen Lora, de 36 años, se mudó a La Islita. Antes vivía en Río Mar, apenas a unos metros de la comunidad que se alza sobre un banco de arena en la desembocadura de Río Nagua. Mudarse a La Islita significó ahorrarse 700 pesos de diferencia en el alquiler. Parece poco, pero es significativo cuando en el hogar no se cuenta con un ingreso fijo, viven tres niños y hay una persona con discapacidad, que es ella misma.

Aunque Carmen no vivía en La Islita durante el paso del huracán María, pudo ver cómo el agua llegó hasta los techos de las casas antes de que ella misma fuera evacuada. Pero antes de eso, esa misma tarde, presencié una escena que le pareció particularmente penosa. Fue a casa de su cuñada, que estaba recién parida, cuando la Defensa Civil realizaba el operativo de desalojo. En el piso, vio tirado el arroz y una pequeña compra que había hecho la familia. Dice que la violencia de la evacuación le causó mucho dolor.

Un año después, aquel recuerdo le hace reflexionar sobre la presencia de las autoridades en el lugar, en los momentos en que no se anuncia ningún fenómeno atmosférico.

“¡Ay, anunciaron un ciclón! Vamos pa’ donde la gente de la Isla. Ah, ya se acabó el ciclón, entonces La Isla se fue a pique”. ¡La gente que se metió aquí es porque no tiene dónde estar! Y nada más se acuerdan cuando un cicloncito viene, cuando una brisita fuerte viene azotando para Nagua”.

Siete meses después del fenómeno, un compadre le ofreció esa casa en La Islita por un precio más económico del que estaba pagando en Río Mar. Mudarse allí no era algo que Carmen deseara después de haber visto los estragos del huracán, pero aceptarlo era la forma que tenía de ayudar a su esposo con la economía del hogar.

“El esposo mío trabaja construcción y no todos los días hay construcción. Tenemos 3 muchachos. Los muchachos no son de él, pero él es quien me ayuda en todos los sentidos. Estamos batallando el día a día. Somos pobres y estamos luchando por sobrevivir”, explica.

“Uno tiene que adaptarse a lo que pueda pagar. Imagínate, de poder mudarme de aquí, hace años que yo estuviera en un sitio más adecuado para mis hijos o para mí, para no tener problemas. Porque desde que uno ve un chin de agua en el cielo, desde que lo ve nublado, ya está pendiente de que lo que uno tiene se va a dañar. Yo desde que veo una agüita los mando para donde la abuela, para el barrio Las 500, y me quedo a salvar lo que tengo. Uno vive siempre con miedo”.

Unos días antes, La Islita sintió con fuerza un terremoto de 5,9 que puso en vilo al noroeste del país, aunque su epicentro fue en Haití, donde sí hubo daños. La sacudida sirvió para recordar a Carmen la vulnerabilidad a la que está expuesta junto a sus hijos.

“Aquí La Islita es un fracaso. Mira, cuando tembló la tierra, estábamos cayéndonos muertos, porque

⁴Un terremoto de magnitud 5,9 sacude Haití y causa al menos 14 muertos (https://elpais.com/internacional/2018/10/07/america/1538877901_631074.html)

esto se mueve entero, porque estamos dentro del río. Incluso ahí pasa un vehículo y esto se mueve entero”, dice Carmen.

“Aquí se pasa mucha calamidad, muchos mosquitos, muchos sinsabores. Porque tú sabes que en la mayoría de las partes no son todas las personas limpias. Mira, en el canal tiran mucha comida y muchos desperdicios, lo que hay es mucha plaga de ratones. La ropa me la están destruyendo. Mucha ropa, muchas toallas, muchas sábanas, he tenido que botarlas por los ratones; aquí no se puede vivir, los mosquitos... Si tú te acercas allá, atrás del bañito que yo tengo, eso es un agua negra. Y mis hijos duermen ahí. Eso es un mal olor que uno no lo aguanta”.

La pierna que hoy Carmen arrastra con dificultad y que le impide estar de pie mucho tiempo, es el recuerdo permanente de un pasado doloroso. Cuando vivía en Santiago, y tenía otro marido, éste le golpeaba tanto que hasta escuchar su voz le hacía temblar. Un día, Carmen se cayó de sus propios pies y el marido, pensando “que era una burla”, le rompió la pierna a patadas.

“Yo le tenía un miedo que cuando ese hombre me hablaba temblaba, porque decía que me iba a mandar para acá, que nadie iba a reconocirme de tantas puñaladas. Y yo por tener un hogar... porque su familia... no son ricos, pero son gente trabajadora y nos ayudaban”.

“Pasé por todo eso, por tener mis hijos, por no dejarlos que pasaran necesidad. Ellos me ayudaban, porque nos daban una casa donde vivir”.

“No era una casa buena, pasaba una cañada, siempre he tenido esa mala suerte... Pero por lo menos no pagaba. Y su papá me ayudaba económicamente, me mantenía”.

Así fue como Carmen terminó viviendo en Río Mar, y posteriormente en La Isleta: se trataba de una huida, un intento por conservar su vida.

“A veces la gente dice: Ah, se mudaron en La Isleta para que le busquen un refugio, para que le hagan casa. No, mami. Aquí hay muchas personas que realmente necesitan una casa, necesitan un hogar porque no tienen de qué sostenerse. Aquí hay muchas madres solteras que no tienen

quien les dé nada, que salen a trabajar y dejan a los muchachitos solos, o con los vecinos o en la tanda extendida. Porque esto es un barrio realmente pobre, marginado”.

“Yo misma me arrepentí, pero yo soy de aquí. No puedo quedarme sentada esperando la muerte. Ah, porque ese hombre me amenazaba que me iba a matar, que me iba a matar. Entonces tuve que salir para mi pueblo, quedarme aquí, porque si yo me muero, ¿quién me va a criar a mis hijos?”.

Hoy Carmen cumple un mes trabajando para el Ministerio de Turismo recogiendo basura en la playa, aun con la dificultad que esto supone debido a la poca movilidad de su pierna. Se trata de un trabajo temporal que espera poder cobrar en diciembre, cuando finaliza su contrato. Antes de irse a la playa, lustra con un trapo empapado en cloro cada una de las cosas de la sala y la cocina. Para Carmen, que vive entre el río contaminado y una cañada de aguas negras que cruza justo frente a su casa, la limpieza es muy importante y lo que más le incomoda de vivir allí.

“No es fácil vivir aquí, porque hay mucha contaminación por los ríos, muchas bacterias, muchos ratones. Yo vivo batallando con eso. Con los ratones es que... es un lío. Y muchas enfermedades, porque aunque no llueva, si el mar le entra agua al río, uno tiene problemas porque siempre se llena”.

Ahora toca pasar el trapo por el piso. Un trapo blanquísimo a fuerza de cloro y puño con el que limpia toda la casa. Una casa tan pulcra y reluciente, que sorprende en medio del lodo y la humedad del barrio.

Cuando se le ve en su afán por dejar todo limpio, reluciente, ocultando los malos olores que vienen de dentro y de fuera con ayuda del cloro, se puede entender a qué se refiere cuando lucha por tener una mejor vida, aun en el espacio que le rodea. Hace un rato ha dicho que es una forma de proyectarse hacia quienes puedan mirarla; que puedan decir: “Están limpios, están luchando”.

A pesar de eso, admite en un momento de la conversación: “Yo misma a veces quiero tirar la toalla”.

“Mi casa es humilde, pero es mi casa”

Rosa María Vásquez, 34 años

Enviudó a los 25 años durante su tercer embarazo. Con la muerte de su esposo empezó su periplo, de tener una casa propia a vivir en múltiples casas alquiladas, hasta llegar a La Islita, donde tiene una vivienda propia pero en las condiciones más precarias en que haya vivido nunca. Sus hijos se destacan en la escuela y los deportes. Ella subsiste con la pensión de su marido, los trabajos de limpieza que consigue y la ayuda de su padre de vez en cuando.

En diciembre del año pasado, Rosa María Vásquez, de 34 años, tenía en mente un deseo: echar cemento al piso de la casa que comparte con sus tres hijos. La vida le enseñó a Rosa la fragilidad de sus aspiraciones: debido a una tragedia familiar, no pudo llevar a cabo este proyecto.

Pronto será diciembre otra vez y quiere ver si por fin lo logra. Al proyecto del piso se ha unido el deseo de colocar también un inodoro. Hasta ahora, Rosa ha improvisado un espacio para bañarse dentro de la pequeña vivienda, y en lugar de inodoro, resuelve sus necesidades con una cubeta cuyo contenido termina en el río. En ese mismo río, a veces, van a bañarse sus hijos a escondidas de ella.

Para mejorar las condiciones de su vivienda piensa tomar prestado 30 mil pesos a través de un fondo de ayuda que tiene la Policía Nacional, de la que su esposo fue miembro hasta su muerte hace nueve años. Aparte de eso, su papá, que a veces le ayuda con la economía familiar, le ha prometido regalarle una funda de cemento.

“A mí me mataron un tío. El 16 de diciembre va a cumplir un año. Entonces eso fue un golpe que a nosotros, la familia, nos dolió porque mi papá me iba a echar el piso. Pero al pasar ese accidente todo se echó para atrás. La familia tuvo un impacto muy fuerte porque no nos esperábamos ese accidente, que mi tío hoy estuviera muerto”.

“Mis parientes que me visitan, mi abuelo algunas veces viene. Mi abuela nunca ha venido aquí a mi casa. [...] Ella es así, cosa que me duele, porque yo le he dicho a ella que mi casa es humilde, pero es mi casa. [...] Claro, la casa de mi abuela es de 3

habitaciones, baño adentro, tiene otras casas... hay tres casas afuera aparte de esa, tiene un buen patio grande, está en frente de la carretera. Mi abuela vive bien”.

Rosa carece de trabajo estable y sobrevive con la pensión de su esposo (7 mil pesos) y los trabajos de limpieza que van apareciendo de vez en cuando, entre otras cosas que sabe hacer, como secar el cabello o lavar ropa, además de la ayuda económica que pueda prestarle su padre en determinado momento. Estos ingresos, que son escasos, no han tenido mayor impacto en la vida de Rosa y de sus hijos, que se ha deteriorado progresivamente.

“Le doy gracias a Dios porque no me falta nada. Pero sí te digo, así como vivo nunca había vivido”.

Todo comenzó hace nueve años, cuando enviudó estando embarazada. Por aquel entonces, Rosa tenía casa propia en otro barrio, y aunque era de madera, no estaba junto a ningún río o cañada. Luego de la muerte de su esposo comenzó su periplo, cuando descubrió que su marido había hipotecado la vivienda sin avisarle.

“Si hubiese sabido que él la había hipotecado, no dejo que la casa se me pierda porque... ¿usted me entiende? Vine a saberlo cuando él tenía casi un año de muerto, que encontré que le estaban poniendo un ‘Se vende’ a la casa.

[...] Y lo que hice fue que vendí y no me quedó gran cosa, porque eran dos años que tenía la casa hipotecada y no se había pagado un peso. Entonces, vendí y lo que hice fue que pagué y con lo poco que me quedó, compré lo que me faltaba, alquilé una casa

por un año. Luego me mudé con mi papá. Mi papá me ayuda mucho, no te voy a negar que no. Duré un tiempo viviendo con él. Luego tomé la decisión de mudarme en una casita que hay ahí, en la entrada del callejón. Luego me mudé de aquel lado de La Isleta, en una casita alquilada. Luego me mudé en esa de ahí, luego me pasé a otra que hicieron, hasta que al fin y al cabo me regalaron este solar y pude construir este pequeño edificio como quien dice; esta pequeña chocita para mí y para mis hijos. No tengo piso, pero vivo aquí y me siento feliz porque ni me mojo y tengo un hogar donde vivir.”

Es cierto que es una casa propia, pero aquello de que ella y sus hijos no se mojan es relativo, debido a la precariedad de las paredes y el techo, ambos de zinc, recubiertos con desechos plásticos. Pero Rosa asegura que está a salvo de la creciente cotidiana, la que ocurre cada vez que abren la compuerta que separa el río del mar, debido a que su casa es alta, gracias a los esfuerzos que ha hecho para rellenar el piso con arena y escombros.

“A mí no se me entra el agua. A mí se me entra ¿sabes cómo? Cuando el huracán... Pero de entrarme el agua porque el río suba, ya no. Porque tiene suficiente relleno y mi casa es alta, y le voy a echar más para echarle el piso. Hasta ahora mismo no se me inunda. Ya cuando sube la creciente no se me mete el agua. Antes sí pero ahora no”.

La inundación que recuerda es la del huracán María hace un año, cuando tuvo que desechar muchas de las cosas que fueron tocadas por el agua fangosa que trajo el río. Ahora, sentada sobre un mueble que le regaló su vecina Minerva, hace el recuento de los daños y de las cosas que perdió y las que no, gracias a sus previsiones.

“Se me dañó muchísima ropa. Se me mojó la cama de la niña y tuve que botarla. Se me dañó otra base de la cama, tuve que botarla. Pero televisor, lavadora... no, nada de eso se me dañó. [...] Encaramé todo. Papeles, documentos... no se me dañó nada porque me los



llevé fuera de aquí. Aunque cuando nos desalojaron la primera vez, que hubo la primera inundación, no se me dañó nada porque no hubo tanta creciente de agua como ahora, pero para éste sí. Para el huracán María sí hubo mucho daño, mucha pérdida, mucha agua. Aquí duramos tres días con el agua ya tú quieres saber...”

“La lavadora la subí encima de la cama. Estaba encima de la cama porque mi cama es alta y al ser alta yo la subí más. A mí no se me mojó mi cama. La cama de los niños, al estar un poco más bajita, se les dañó el colchón de abajo. Eran tres colchones: se me dañó uno y tuve que botarlo. El de la niña no se me dañó completamente, pero sí tuve que botar la base de abajo, porque se me dañó”.

En efecto, la cama de Rosa y de sus hijos es tan alta que hay que hacer esfuerzos para subirse. Es la forma que tiene de separarse del piso húmedo y de resguardar sus cosas.

Las múltiples medallas que han ganado sus hijos (al mérito estudiantil, la niña, o por su desempeño en los deportes, los niños – uno en béisbol y otro en lucha olímpica–) cuelgan de las paredes de zinc

de la calurosa y estrecha vivienda. Estas medallas también son parte del inventario de lo que el agua no se llevó.

A menudo, el piso de cemento, que tienen algunas de las viviendas en La Islita, se fractura debido a la humedad y los movimientos de un terreno que es realmente un relleno de escombros, neumáticos y basura sobre el banco de arena. A pesar de esto, para Rosa echar cemento es una necesidad perentoria; no solo porque así se protege de algunas enfermedades y de las molestias del piso húmedo, sino también porque salir de La Islita no es algo que visualice en su futuro inmediato, ni por voluntad propia ni por intervención del gobierno, que prometió reubicarlos después del huracán María.

“Fuera bien que uno echara ese piso, porque no todo el tiempo uno va a vivir en esta situación, dizque esperando un desalojo, cosa que no se sabe si va a llegar. Eso nada más sabe Dios cuándo uno saldrá de aquí. Pero muy bueno tener su piso aunque se cuartee, es bueno tenerlo, porque algunas veces la frialdad... ¿tú me entiendes? Hace que uno se enferme. Yo, en un aspecto, sí te diría que es bueno tener su piso”.

“Estar en esa agrupación así, en esa multitud de gente desalojada, eso no es fácil... Es insoportable”.

Carmen Hernández Gómez, 64 años.

Abandonó su casa en el Bajo Yuna debido a una gran inundación que le llevó todos sus enseres. Terminó viviendo en un barrio en Nagua y posteriormente en La Islita, pues su hija le pidió que le cuidara la casa y a sus nietos. Aceptar esta vivienda, a pesar de la agonía del agua, supuso tener garantizada su alimentación, pues lo que su esposo, que no tiene empleo fijo, ingresaba para pagar alquileres, ahora lo destinan para comer.

Carmen es oriunda del Bajo Yuna. Lo último que recuerda de aquel lugar fue una gran inundación que hizo que decidiera marcharse. Entonces terminó viviendo en Nagua, en un barrio llamado San José de Villa, donde el río no se metía a su casa. A veces, con la lluvia, producto de la basura acumulada en los

contenes, el agua desbordaba un poco, pero nunca llegaba hasta su puerta.

Poco después su hija le pidió que fuera a vivir a su casa en La Islita, para que se la cuidara durante la

⁵Se refiere a la inundación que provocó el huracán Irma, días antes.



semana, mientras esta trabajaba en una casa de familia en San Francisco de Macorís.

Vivir allí significaba volver a andar con los pies mojados y con el susto de que las aguas se llevaran todas sus pertenencias otra vez. También significaba ahorrarse entre dos mil y tres mil pesos de alquiler.

“Ella me dijo: mami pero múdate ahí y me cuidas eso –la casa-, que así no tengo eso solo. Entonces decidí venir, porque para qué estar dando meses de casa, si es un dinero que me sirve para comer, ¿verdad? Decidí venir para acá”.

El único ingreso de la casa proviene de su esposo Ramón, que echa días en construcciones y fincas, haciendo el desyerbo o lo que aparezca. La última vez que apareció algo para hacer fue la semana anterior a la entrevista; desde entonces no ha hallado nada.

“A veces a uno se le mete semanas que uno no consigue un peso. Y cuando uno debe la casa, tú sabes que cómo dice el refrán, eso uno lo paga hoy y mañana ya lo debe”.

Mudarse a La Islita fue una decisión económica importante, porque implicaba tener recursos para alimentarse mejor.

“En un sentido sí, vivía mejor, porque cuando había mucha lluvia uno no sufría el agua. Pero encuentro que aquí está mejor, porque si uno halla 500 o 1,000 pesos uno se los puede comer. Allá no, allá tenía que ir juntándolos uno a uno. Si podía, comía 100 o 250 para ir guardando los meses del alquiler”.

Hace 13 años, Carmen y Ramón iban en un motor cuando tuvieron un accidente grave. Aunque lograron superarlo, Carmen quedó discapacitada de un brazo, lo que le dificulta hacer cualquier actividad para producir dinero. Conforme los hijos iban creciendo, fueron comprando terrenos alrededor de su casa en La Islita y construyendo sus propios hogares; mientras tanto, ella iba asumiendo la crianza de los nietos.

En esta mañana, uno de ellos cruza el patio rápidamente. Es su nieto de 13 años que hoy no fue a la escuela.

“Lo que pasa es que los tenis se lavaron, pero no se secaron porque llovió. Como nada más tiene un solo par, no pudo ingresar. Pero mañana, si Dios nos lo permite...”

Los tenis blancos están colgados al sol sobre un pequeño gazebo a la entrada de la casa, donde se apilan viejas botellas y herramientas de trabajo. Sorprende la blancura en un lugar como La Islita, que suele amanecer inundado.

“A él no le gusta faltar... Pero ya no es como antes, que los muchachos iban hasta en chancleta y calipsos. Incluso, en los campos iban los muchachos en botas a la escuela. Pero eso ya no se usa porque es que la cosa está más adelantada”, explica.

El año pasado ocurrió lo que se temía. Cuando los vientos del huracán María comenzaron a arreciar, los voluntarios de la Defensa Civil llegaron a llevársela junto con sus nietos. Carmen estaba cocinando un poco de arroz y les pidió que la esperaran. Los voluntarios, respetuosamente, le esperaron.

De regreso a su casa, cuando las aguas descendieron, esto fue lo que Carmen encontró: había perdido la nevera, la estufa y la lavadora; había basura, algas y lilas enredadas en lo poco que quedó. Toda la ropa estaba envuelta en lodo. Y había sanguijuelas; sanguijuelas por todas partes. Pero aquello no le preocupaba tanto, “porque esos pájaros solo se te suben si estás quieta”, y cuando llegó no se estuvo quieta: tenía mucho que hacer, por ejemplo, tratar de recuperar algunos de sus colchones poniéndolos al sol y desechar toda la ropa que había quedado en condiciones inservibles.

Aquello era igual que la última inundación en el Yuna que tuvo que vivir, y cuyo año no puede precisar bien, aunque sabe que ocurrieron de manera consecutiva. “Dos inundaciones juntas, una en noviembre y otra en diciembre. Los dos meses juntos”.

“Nada más encontré el caballete de la casa. Eso estaba tapado entero. Sí, porque según hicieron una carretera para ir para la Capital, el agua no jalló para donde irse y a veces se regaba cuando venía esa creciente. Entonces, el agua lo que hizo fue que atajó todo y subió y llenó toda la casa. Eso fue temeroso”.

Quien cuenta esto es su esposo, Ramón López.

“Cuando eso nos sacaron de donde le dicen el Cruce de Rincón para una escuela de ahí. Pero eso no es fácil estar empaquetado en esos grupos de gente así. Eso es una cosa del otro mundo. Estar en esa agrupación así, en esa multitud de gente desalojada, eso no es fácil. Eso es duro. No se duerme ni na’. Es un escándalo, una cosa... Es insoportable”, dice ella.

Así fue como perdieron todo aquella vez.

“De ahí tuve yo que coger a hacer líos para coger cosas. Todavía debo. En la mueblería que cogí fiao y cosas; cogí una cama fiao y cogí unas cuantas cosas y todavía debo”, cuenta Ramón.

Sabe que esa vieja deuda le espera en Yuna, si decide regresar algún día.

“Quizás no valga la pena, pero para yo estar pagando casa... no es fácil”, reflexiona Carmen. Como es de poco hablar, su esposo se apresura a explicarlo: “Es la situación económica que hace eso”.

“Los trabajos se ponen difíciles. Aquí se pone por tiempo que usted no encuentra nada que hacer. Mire, el mes que pasó yo trabajé un solo día. Hoy es lunes y no encuentro qué voy a hacer. Si no viene alguien que me busque o yo salga a buscar algo por ahí, cogiendo fiao en los colmados y comiendo cositas lo que uno pueda conseguir. Los pobres, imagínate... Si uno está pagando meses de casa se empeora aún más”.

“Uno vive aquí no es porque uno quiere; es la situación que lo requiere que uno viva así. Si uno tuviera otros ingresos, buscaría otro sitio mejor para no estar a cada rato con esos problemas de esa agua. Esa agua enferma a uno, enferma, enferma, enferma. Esta misma mujer vive siempre enferma y es de eso”, insiste Ramón.



CIUDAD ALTERNATIVA
EQUIDAD · PARTICIPACIÓN · DEMOCRACIA

Edición especial: La agonía del agua: seis historias de mujeres en situación de vulnerabilidad, afectadas por los huracanes Irma y María, en la Islita de Río Mar, Nagua.

Contenido: Gabriela Read

Revisión: Jenny Torres y María Burgos

Corrección de estilo: Yogeiry García

Diagramación y Diseño: Ariel Cruz

Fecha: Enero 2021



DERECHO a la CIUDAD

MISEREOR
● IHR HILFSWERK

C/ Manuel Fernández Mármol (Antigua 31 Oeste) #15, Ens. Luperón, Santo Domingo.

Tels. 809-681-7411 / 809-681-7436

www.porelderechoalaciudad.com

Twitter: @CiudadAlt **Facebook:** ciudad.alternativard

